ORACIÓN PARA CADA DÍA 19 DE CADA MES

A LA VIRGEN DE LA SALETA

-MES DE NOVIEMBRE-

El que dirige la oración, con todos los asistentes, dice:

En el nombre del Padre, del Hijo…

Introducción para todos los días, que puede hacer quien dirige la oración o encomendársela a otra persona:

Aquí nos tienes, Santa María, Madre nuestra, que quisiste visitarnos en el monte de la Saleta, donde dos pastores se quedaron maravillados de ti. Humildes y pobres, como ellos, venimos a contemplarte con una mirada llena de amor y admiración.

Abre, Madre, nuestro corazón a la Realidad del Reino de Dios que viene a visitarnos contigo y enséñanos a estar atentos a los signos que quieres comunicarnos en nombre de tu Hijo Jesucristo, por quien el Padre concede al mundo todos los bienes.

Quien dirige la oración dice:

Alabemos ahora a Dios bendiciendo a Santa María, por quien el Señor hizo obras grandes.

Quien dirige la oración puede encomendar a un asistente que haga las veces de solista leyendo el texto reservado para él.

Solista: Todas las generaciones te miran, Virgen María de la Saleta, porque supiste decir sí a Dios.

Todos: ***Madre Reconciliadora, Ruega a Dios por nosotros.***

Solista: Todos los creyentes ponen en ti sus ojos, porque eres modelo de disponibilidad para Dios y mensajera de su amor misericordioso.

Todos: ***Madre Reconciliadora, Ruega a Dios por nosotros.***

Solista: Todos los que se sienten pecadores tienden hacia ti su mano, para que les ayudes y conduzcas hacia Dios.

Todos: ***Madre Reconciliadora, Ruega a Dios por nosotros.***

Solista: Todos los corazones quieren sentir tu corazón de Madre, y nosotros, en este día, te suplicamos: ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.

Todos: ***Madre Reconciliadora, Ruega a Dios por nosotros.***

El encargado de dirigir la oración puede encomendar a un asistente la lectura del fragmento evangélico.

Escuchad ahora, hermanos, el santo evangelio según san Juan (14, 1-6)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Que no tiemble vuestro corazón; creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas estancias; si no fuera así, ¿os habría dicho que voy a prepararos sitio? Cuando vaya y os prepare sitio volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo, estéis también vosotros. Y adonde yo voy, ya sabéis el camino". Tomás le dice: "Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?" Jesús le responde: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie va al Padre, sino por Mí.

El encargado de dirigir la oración puede encomendar a un asistente la lectura de la siguiente meditación.

Meditación para este día: Oramos por los difuntos

Ya desde antiguo la Iglesia recuerda de forma especial en Noviembre, y en concreto en el segundo día de este mes, a nuestros hermanos difuntos pidiendo al Padre por ellos. Así, nosotros, en esta tarde, nos unimos en la oración junto a María, Nuestra Señora de la Saleta, pidiendo que Ella interceda por nuestros seres queridos: familiares, amigos y conocidos que han dejado ya este mundo y por su mediación las Puertas del Cielo se abran para ellos.

En el texto del Evangelio que hemos escuchado observamos como el mismo Jesús, poco antes de su muerte, nos anuncia la vida eterna. Aquel que ha pasado por la muerte y, tras vencer en ella el mal, ha sido devuelto a la Vida, viviendo ya para siempre, quiere que todos aquellos que creen en Él y viven según Él, le acompañen en la vida sin término. Bien es cierto que a todos, en nuestra humanidad, nos preocupa la muerte, sin embargo, para los cristianos no debe ser motivo de angustia y desesperación. A través de la muerte, el hombre consigue llegar a su fin último, que es volver a Dios de quien procede. Por eso Jesús nos anima a no tener miedo, a acogerle plenamente a Él y a su Palabra confiando en que, por su infinita misericordia, cuando llegue el día final, los que le hemos reconocido como Señor de la Vida en la tierra, podamos contemplar con gozo su rostro en el cielo ya que, como Él mismo nos ha anunciado, en la casa del Padre hay muchas estancias, tantas como hijos de Dios, preparadas a punto para cada uno de nosotros. Como vemos, Él lo da todo, todo su amor ha sido y es dado al hombre, habiendo muerto por cada uno de nosotros y en consecuencia dándonos la vida eterna, ese vivir por siempre con Él que nos ofrece como gran regalo y solo pidiéndonos a nosotros reconocerle como nuestro Dios y Señor y vivir según sus mandatos. Poco nos pide para cuanto nos regala. En cambio, hay muchas veces que nosotros nos apartamos del camino de Jesús, no acogemos su palabra en nuestras vidas y no vivimos desde Él. Es en esos momentos cuando debemos pararnos en el camino de la vida y volvernos a Él para, con el apóstol Tomás, preguntarle: Señor ¿Cuál es el camino hasta ti? ¿Cuál es el camino para ganar la vida eterna? Entonces escucharemos su voz que nos dice: “Yo soy el camino, y la verdad y la Vida. Nadie va al Padre si no es por mi”. Sigamos hermanos este camino, el camino de Cristo, el camino del amor, que nos lleva a encontrarnos de frente con aquel que es el Amor y la Vida y que un día tras pasar por este mundo, si hemos vivido una vida verdaderamente cristiana, amándole a Él, sirviéndole en nuestros hermanos, entregándonos a su causa y anunciando su Evangelio, nos dará la corona de la gloria, aquella que no se marchita, en su Reino, donde ya no habrá más dolor, enfermedad o tristeza sino que se alza la Vida y todo será prolongación de nuestra unión y amistad con Él.

Por esto, es costumbre antigua, a la vez que muy bella, que los cristianos pidan al Señor por sus seres queridos que han abandonado este mundo, pues como decía San Agustín: “una lagrima se evapora y una rosa se marchita, solo la oración llega a Dios”. Así, no pudiendo saber si aquellos a quienes queremos se encuentran ya en el seno del Padre, ofrecemos nuestras oraciones por ellos, en un ejercicio de caridad, pidiendo que Dios borre sus pecados y puedan entrar a gozar de su presencia, ayudándoles de esta manera en su camino a la gloria. Esto es lo que queremos hacer juntos en esta tarde, pedirle al Señor, con María, Nuestra Señora de la Saleta, por todos aquellos que han muerto para el mundo para que sigan viviendo en Cristo. Pedimos también para que aquellos que ya se encuentran viendo continuamente el rostro glorioso de Cristo y contemplando la belleza de su Madre no dejen de interceder por nosotros.

Es este el momento por tanto de pedir por aquellos hermanos nuestros que nos han precedido en la fe, trayendo hasta nuestra mente y nuestro corazón sus nombres y caras, haciéndoles presentes en esta plegaria y pidiendo que el Señor, por intercesión de la Virgen María, conceda la gloria de la Resurrección a aquellos que un día compartieron con Él su muerte. Dejamos un momento para que cada uno pueda traer hasta su oración a aquellos seres queridos, amigos y familiares difuntos y pedir en un momento de silencio a Dios por ellos. (Breve espacio de silencio).

(El que dirige la oración, aparte de sus intenciones personales, puede encomendar en privado a aquellos por los que el grupo pide: hermanos saletinos difuntos, Juan Magro, Ramón Álvarez, Obispo Bernardo Conde y Corral, difuntos de la antigua asociación de fieles… y aquellos, quienes teniendo relación con "la Saleta", estime oportuno)

V/Dales Señor el descanso eterno

R/Y brille para ellos la luz perpetua.

V/Que el Señor, en su infinita misericordia, por intercesión de su Madre, la Virgen de la Saleta, conceda a ellos y a todos los fieles difuntos descansar en su paz y gozar de la vida eterna. Se lo pedimos a Él que venció a la muerte y ahora, glorioso y resucitado, vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén

Encomendamos a nuestros hermanos difuntos a la intercesión de la Virgen de la Saleta diciendo:

Quien dirige la oración comienza a rezar, junto con todos los asistentes, un Ave María:

Dios te salve, María…

Quien dirige la oración invita a los asistentes a rezar la oración final para todos los días con estas o semejantes palabras:

Terminemos ahora, hermanos, nuestra oración diciendo juntos:

Acuérdate, Virgen de la Saleta, de las lágrimas que has derramado por nosotros en el Calvario. Acuérdate también del cuidado que tienes siempre por tu pueblo para que, en nombre de Cristo, se deje reconciliar con Dios.

Animados por tu ternura, acudimos a ti suplicantes, a pesar de nuestras infidelidades e ingratitudes. Confiamos plenamente en ti, Virgen Reconciliadora.

Vuelve nuestros corazones hacia tu Hijo Jesús. Alcánzanos la gracia de amarle sobre todas las cosas y de consolarte a ti con una vida santa ofrecida para gloria de Dios y amor de los hermanos. Amén.

Quien dirige la oración invita a los asistentes a terminar cantando la Salve con estas o semejantes palabras:

Concluyamos despidiéndonos de la Virgen de la Saleta con el canto de la Salve.

Se canta la Salve.

Quien dirige la oración despide a los asistentes diciendo:

Ave María Purísima.